

No quería continuar con aquella existencia. Aquella anormal existencia. Sabía que algo estaba fuera de lugar.

¿A qué se debía aquel horrible dolor que le torturaba? Intuía que tenía que ver con el fuego que se le aparecía en sueños (¿eran sueños?)

Recordaba el fuego. No sabía donde se había originado ni que tenía que ver con su vida, pero recordarlo le hacía estremecerse, su sola memoria le causaba un sufrimiento horrendo ¿Quiénes eran todos aquellos que estaban a su lado? No lo sabía ¿O no lo recordaba? La mujer con aquellas deformidades en la cara le resultaba vagamente conocida. Pero, ¿por qué estaban todos colocados en hilera, tan inmóviles? No quería estar allí, y quiso apartarse de ellos, pero su cuerpo no se movió. Antes de que pudiera pensar en ello, un coche pasó a toda velocidad por delante de ellos sin siquiera detenerse.

Eso le hizo reparar en el lugar en el que se encontraban: una larga e interminable carretera de la que no se veía el final por ningún extremo. Estaba todo demasiado oscuro. ¿Sería de noche, o era la niebla que cubría sus ojos la que le impedía ver las cosas con claridad? Le hubiera gustado poder responder a esa pregunta, pero fue entonces cuando se dio cuenta de que su cuerpo se estaba moviendo. Horrorizado, comprendiendo al instante que no tenía control sobre él, contempló como sus piernas le apartaban de la carretera y le internaban en la espesura. El resto del grupo seguía la misma dirección. Inmediatamente después perdió la conciencia.

Fuego. Negrura. Fuego. El fuego le rodeaba, le estaba quemando. Se oyó llorar. Aún mientras lloraba, todo el fuego que le rodeaba se transformó rápidamente en una especie de vórtice huracanado y comenzó a sentir unas espantosas convulsiones. Por sus ojos comenzaron a desfilar escenas que le resultaban familiares, pero que no conseguía relacionar con ninguno de sus recuerdos. Vio un niño corriendo en lo que parecía un jardín, pero la hierba otrora verde estaba marchitándose por segundos, perdiendo su color, mudándolo lentamente por...el rojo. La diabólica vegetación comenzó a agitarse violentamente, golpeando al niño y clavándose en su piel. Espantado, contempló como caía de rodillas, desangrándose lentamente, para que su líquido vital formara parte de aquel horrendo entorno.

Intentó desechar aquella tortuosa visión de su mente. No pensar en nada. Pero la visión no estaba en su mente, sino en sus ojos, en sus retinas. Y no podía evitar seguir viendo la tortura de aquel niño. No podía evitar sentir a la vez aquél horrendo dolor que le hacía querer morir.

Repentinamente la visión desapareció, y se encontró caminando entre tiendas de campaña. A su alrededor mucha gente se encontraba absorta en sus propias cosas, aparentemente feliz. Pero había algo extraño en aquel entorno, y no tardó en descubrirlo: no se oía nada. La gente parecía hablar entre sí, pero no emitía ningún sonido. No se escuchaba el canto de los pájaros, ni siquiera oía sus propios pasos. Quiso gritar, pero de nuevo comprobó que no era dueño de sus actos. Una punzada, como si de un cuchillo se tratara, le hizo caer de rodillas al suelo, pero de nuevo él no controlaba sus movimientos. Vio como sus manos se movían hacia la procedencia del dolor: los oídos le estaban sangrando, reventados.

¿Por qué tenía que estar sufriendo todo aquello? ¿Quién le estaba castigando?  
¿Era Dios su juez?

La negrura de nuevo le abrazó y volvió a perder la noción de la existencia.

Fuego. De nuevo fuego. Otra vez horror, dolor. Pero ahora todo transcurría muy deprisa. El fuego desapareció rápidamente y se encontró de nuevo en aquella carretera, inmóvil, rodeado de aquella gente desconocida (¿desconocida?). Los había visto antes, estaba seguro. ¿Quizás en aquella misma onírica visión?

De nuevo un coche se aproximó a ellos por la carretera. Pero se detuvo mucho antes de llegar a su altura, con las luces encendidas (¿era de nuevo de noche?). Después de unos segundos de aparente indecisión, vio como el vehículo daba media vuelta rápidamente y se perdía por donde había venido. Justo después de perder de vista al coche oyó (ahora sí oyó) el sonido de una fuerte explosión y sintió como si su cabeza estallara en mil pedazos. Por momentos notó como si estuviera de nuevo cerca de perder la consciencia, pero algo le mantuvo alejado de la negrura: la piel de sus brazos se estaba derritiendo. Observó como su epidermis se consumía para dejar a la vista una carne negruzca, abrasada, que se deshacía con el viento y que, a su vez, descubría unos huesos calcinados bajo ella.

¿Por qué? ¿Por qué continuaba sufriendo aquella maldad? ¿Acaso estaba visitando el infierno ardiente?

La negrura acudió de nuevo a él, y después el fuego.

Cuando de nuevo volvió a tener constancia de sí mismo se hallaba bajo la sombra de un espeso árbol. ¿Cuánto tiempo llevaba viviendo estas visiones? ¿Minutos? No creía. Parecían años. Se notaba viejo, consumido, y sin embargo aquel cuerpo que

parecía suyo seguía moviéndose a su antojo. Así observó como se levantaba y se alejaba del árbol camino de una masa de agua cercana. Quizás era el mar. Vio también que aquella extraña gente que le acompañaba en la carretera estaba ahora caminando a su lado, en silencio, igual que él, como autómatas. Todos se sumergieron en el agua, totalmente, y quizá fue aquel el único momento de placer que pudo experimentar. Mientras se hundía paulatinamente, su mente fue accediendo a recuerdos que no sabía que existieran, en los que veía tiendas similares a las que había visitado, gente riendo, corriendo, el sol. Veía el sol. Pero los recuerdos no pudieron evitar que su cuerpo comenzara a sentir la falta de aire. Horrorizado, comprobó que la superficie cada vez estaba más lejos, mientras que él se sumergía irremediamente. La sensación de agonía se intensificó enormemente, y comenzó a sentir los pulmones encharcados.

Justo cuando estaba convencido de que su pecho iba a estallar, Roberto despertó.

Sentado sobre su cama, comprobó que su cuerpo estaba empapado en sudor, tembloroso. Quiso levantarse, pero su cuerpo no le respondió, y fue entonces cuando se dio cuenta de que no se hallaba en su cama, sino sobre un suelo irregular bajo la cobertura de una tienda de campaña. El terror se apoderó de él.

Inmediatamente después, la tela que le cubría desapareció bajo un voraz fuego, que era la causa de sus sudores, y de nuevo se encontró en la carretera.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba llorando, y sus lágrimas arrastraban la sangre que corría por sus venas. Comprendió también que aquel fuego era la extraña transición que le llevaba de un lugar a otro, a la vez que abrasaba sus entrañas.

Pero mucho más horrible fue comprender que todo aquello no era una pesadilla, que no había despertado de ningún sueño, porque ya no podía despertar de nada. Mucho hubiera deseado que no fuera así, pero aquello parecía ser su destino, su sino eterno.

Agotado, comprendiendo ahora que su vida no era tal, sus ojos se cerraron, como si hubieran sido manejados por su amargura interior, como si, aunque sólo fuera para eso, durante unos instantes hubiera tenido control sobre ellos y, aún mientras lo hacía, su cuerpo se derrumbó sobre el suelo hecho pedazos.

*Carretera N-340a.*

*Kilómetro 159.*

*Mucho tiempo después de aquel 11 de julio de 1978.*